



TONY SÁNCHEZ-ARIÑO, 74 AÑOS, VALENCIANO

El último cazador blanco

POR JAVIER PÉREZ DE ALBÉNIZ

Sánchez-Ariño ha entregado 53 años de su vida a la caza de elefantes. Hoy, el control del comercio de marfil y la extinción de estos animales no hace factible la dedicación profesional al negocio. Por eso, este apasionado de la caza, que los ve como “una atracción irresistible” y que ha acabado con más de 1.200 ejemplares, ha tenido que amoldarse a la legislación. Ahora es guía y organiza cacerías para los cientos de turistas que cada año se aficionan a la cinegética.

La corbata perfectamente anudada, los zapatos relucientes, la camisa de cuadros y los pantalones grises cuidadosamente planchados, el pelo ligeramente mojado, la sonrisa monacal colgada de un rostro minuciosamente rasurado... Sólo la mirada, la penetrante y fría mirada de un depredador, puede hacernos sospechar que Antonio Sánchez-Ariño no es un jubilado que viene de comprar el pan o se dirige a su partida de mus. Los ojos de este hombre tienen la capacidad de penetración de un rifle de gran calibre.

Antes de sostener un pulso con su mirada, nadie diría que este valenciano grandullón de 74 años es una leyenda africana: el último de los grandes cazadores de elefantes. El heredero legítimo de personajes que, como John Hunter, Pondero Taylor o Karamojo Bell, forman parte de la historia del continente olvidado. Es el tipo de hombre que Ernest Hemingway intentó ser todos y cada uno de los días de su vida. Un cazador que ha matado a 1.282 elefantes, 2.044 búfalos, 332 leones, 144 leopardos, 132 rinocerontes... Un white hunter que se ha cobrado 43 elefantes con colmillos de más de 100 libras (45 kilos) de peso, que en un excepcional récord de velocidad acabó con la vida de 20 elefantes en 75 minutos, que ha perseguido a estos paquidermos por 23 países africanos...

Es inevitable preguntarse qué le han hecho los elefantes al señor Sánchez-Ariño. "Nada. Son mi vida, un imán, una atracción irresistible", responde aventurando un tímido gesto de resignación. "He matado muchos, pero he protegido a muchísimos más cooperando en la creación de reservas, luchando contra el furtivismo, aconsejando la prohibición de su caza en determinadas zonas, dándoles una protección especial... Incluso he trabajado para el Gobierno del Congo realizando censos para ver el número de ejemplares y qué medidas se deberían adoptar para protegerles. Pero no olvidemos que en lugares como Botsuana, de donde he regresado de una cacería hace sólo unos días, hay 130.000 elefantes, muchos más de los 40.000 que según los especialistas puede aceptar la vegetación del lugar. ¿Qué sucede? Pues que no se ve un árbol en pie, que arrasan los cultivos, que están terminando con el equilibrio natural. Un auténtico drama. Por tanto, que nadie llore pensando en que estamos matando a Dumbo y todas esas tonterías. Y esto no quiere decir que no esté en contra del tráfico del marfil: es un comercio que debe seguir prohibido".

Conviene recordar que cazar elefantes en determinados países africanos es completamente legal, tanto como lo puede ser matar un ciervo o un jabalí en España. Y es que ciertamente los elefantes pueden llegar a ser una plaga: en un congreso sobre esta especie celebrado recientemente en la Universidad de Utrecht (Holanda) se ha llegado a la conclusión de que en determinados lugares las poblaciones están creciendo hasta un 10% anual, alcanzando cifras insostenibles, capaces de provocar graves catástrofes ecológicas. Las manadas de elefantes arrasan a su paso la vegetación, y también los cultivos de poblaciones muy necesitadas. La caza selectiva de ejemplares es imprescindible para controlar las manadas y el equilibrio natural de los lugares donde viven. Hoy se pueden cazar legalmente elefantes en Camerún, Namibia, Botsuana, Mozambique, Sudáfrica, Zimbabue y Tanzania, previo pago de una cantidad, denominada Tasa de Abate, que va de los 1.500 euros de Camerún a los 10.000 de Namibia. En algunos países el precio depende del peso de los colmillos.

Antaño, los cazadores de elefantes no buscaban restablecer el orden ecológico o añadir un paquidermo a su colección de especies cinegéticas. Se movían atraídos por el marfil, el oro blanco que colgaba de los descomunales cráneos de viejos machos. Sánchez-Ariño siguió la llamada Senda del Marfil. "Actualmente podemos decir que ese África legendaria de los grandes safaris, las interminables manadas de elefantes y los cazadores profesionales blancos no regresará jamás", dice durante unos días de reposo en Valencia, entre safari y safari. Al hablar del pasado le brillan los ojos. Para algunos fueron días de gloria, en los que aún quedaban lugares por explorar, fortunas por conquistar y grandes fieras a las que disparar. Para otros fueron tiempos de esclavitud, de rapiña y de exterminio. Un periodo histórico situado a finales del siglo XIX y mediados del XX que marcó el momento más importante para la caza y la aventura en África.

El pasado mes de julio, Sánchez-Ariño cumplió 53 años como cazador profesional. En el momento en que se publique este reportaje se encontrará en Tanzania, siguiendo las huellas de algún gran elefante. Es el último cazador blanco en activo. El único español que ha pertenecido a la histórica Asociación de Cazadores Profesionales de África Oriental, socio fundador y vitalicio de la Asociación de Cazadores Profesionales Africanos (APHA). Jamás ha cazado de forma furtiva, jamás ha sufrido un accidente de caza, jamás ha confiado su suerte a pequeñas escopetas... En el campo de batalla le acompañan un 416 Rigby, un 500 Jeffery Mauser, un 505 Gibbs o un Express 475, cañones en forma de rifle capaces de tumbar a un animal con el tamaño de un camión y la fuerza de un tanque. Estas armas, algunas con más de 80 años de vida, son piezas artesanales que se mantienen en perfecto estado de revista. El cazador profesional viaja sólo con una de ellas, cargada con munición capaz de derribar un coloso de cuatro toneladas de peso.

“Pero cuidado, porque yo no mato elefantes; yo los cazo”, dice. “Son dos cosas muy diferentes. Hay que dar al animal su oportunidad... Los profesionales de la caza en África siempre hemos querido ser gentleman hunters, auténticos deportistas. Pero eso se ha perdido para siempre...”. Sánchez-Ariño nació para cazar elefantes. Hijo de un famoso cirujano valenciano, sintió desde muy niño la llamada de África. Y lo hizo por pura intuición, puesto que no tuvo ni familiares ni amigos cazadores o viajeros. “Nadie de mi familia ha tenido jamás un arma en las manos”, asegura, aunque reconoce que ha llevado a sus tres hijos de safari. “Pero no se han interesado nada. Lo mío debe de ser un atavismo. Mis padres me contaban que con dos o tres años yo sólo hablaba de salvajes con lanzas y leones, y que jugaba con una escopeta de tapón de corcho matando moscas en los cristales de las ventanas. Pero para mí no eran moscas, eran elefantes...”.

Siguiendo la tradición paterna estudió Medicina, pero sin interesarle lo más mínimo. Su cabeza estaba en África, lugar al que viajó por primera vez en 1952. En la entonces llamada Guinea Española cobró sus dos primeras piezas: un par de gorilas que saqueaban las plantaciones y atemorizaban a los nativos. El primer elefante cayó poco después, justo en la frontera con Camerún. Era el comienzo de una de las carreras cinegéticas más importantes de todos los tiempos.



“¡Sólo vive de veras quien jamás se detiene!”. La frase, colgada entre cuernos de kudu y pieles de leopardo en una de las paredes de su despacho-biblioteca, define a la perfección un modo de vida basado en la acción. “Ortega y Gasset, en su prólogo al libro Veinte años de caza mayor, del Conde de Yebes, decía que para que la caza fuese caza debía conservar dos factores imprescindibles: la dificultad y la inseguridad. Actualmente se ha perdido ese espíritu, y la caza no es caza, es una farsa, es plástico cinegético”. Palabra de un hombre que se ha enfrentado a los cinco grandes (elefante, león, búfalo, leopardo y rinoceronte) y vive para contarlos.

En su libro más reciente, Cazadores de elefantes. Hombres de leyenda (Editorial Nyala), Sánchez-Ariño recuerda cómo un cazador británico llamado William A. Pickering no pudo detener el ataque de un elefante con su 577 Nitro: “El animal lo derribó, le puso una pata encima y, enroscándole la cabeza con la trompa, tiró hacia arriba, arrancándole la cabeza de cuajo, como si descorchara una botella. Luego la tiró entre la maleza –donde su equipo de nativos la encontró más tarde intacta–, dedicándose a pisotear el cuerpo de Pickering hasta que éste se convirtió en una pulpa irreconocible, formando un amasijo horrible de restos humanos mezclados con tierra, hojas y hierba”.

Cuesta trabajo creer que, después de medio siglo cazando animales peligrosos, Sánchez-Ariño jamás haya sufrido un accidente. Pero es cierto. "Ni yo ni nadie de los que han cazado conmigo, clientes y nativos, hemos tenido nunca un arañazo. Sí me he llevado algunos sustos. Los peores ratos me los han hecho pasar leones heridos... Son muy rápidos, muy peligrosos. Recuerdo una vez en Uganda, en marzo del 62, cuando a orillas de un río cerca del lago Alberto tuve que seguir el rastro de una pareja. Un alemán que venía conmigo disparó a un león y el animal se lanzó a un barranco. Yo fui corriendo para allá y al llegar al borde vi que el león salía corriendo y le disparé, pero desapareció en la hierba. Le escuché gruñir a la izquierda... pero poco después oí gruñidos también a la derecha. Eran dos. El primero, herido por el alemán, había caído sobre otro que estaba tumbado en el barranco, y al que yo había herido cuando salió huyendo. Tenía dos leones heridos sumergidos en una hierba de dos metros de altura. Y jamás se puede abandonar un animal herido a su suerte. El alemán lo dejó en mis manos. Empecé por el de la izquierda. Abría la hierba con el cañón del rifle, muy despacio, sin hacer ruido... hasta que vi una sombra marrón alargada. Tres tiros y seco. Recargué y a por el otro. Tardé 10 minutos para andar 20 metros, pero nada. No había león. Pensé que me había equivocado y que sólo había uno cuando, caminando en otra dirección, casi me da en la cara una serpiente... o lo que yo creía que era una serpiente. En realidad, era la cola del segundo león, que estaba sentado como un perro, dándome la espalda, aturdido por el primer disparo. El león se dio cuenta de mi presencia en ese mismo momento y se volvió a por mí. Le paré con un tiro intuitivo, sin apuntar, a unos pocos metros. Mis suspiros de alivio se debieron de escuchar en toda Uganda".

El cazador profesional se encarga de organizar cacerías y de que éstas se desarrollen con normalidad y seguridad. "Cuando viajo con un cliente lo organizo todo, hasta que llegamos al cazadero y cogemos el rastro de un elefante, lo seguimos, vemos que se trata de un buen ejemplar y esperamos a que el guarda nos dé el visto bueno. Nos acercamos a la distancia de tiro, entre 15 y 25 metros. El cliente dispara y yo espero que acierte. Pero le cubro las espaldas por si sucede algo raro: el animal ataca o está herido y se puede escapar. No tiene por qué haber problemas". Los clientes de este tipo tan exclusivo de caza suelen ser empresarios, banqueros..., gente que quiere permanecer en el anonimato. El Rey Juan Carlos forma parte de esta lista de cazadores de elefantes tras abatir al menos un par de ejemplares.

Para alguien que ha vivido los mejores días de la caza en África, con rebaños de 500 elefantes cubriendo las colinas, es difícil acostumbrarse a las nuevas modas cinegéticas. "A mí me han pagado por matar elefantes, pudiendo en ocasiones acabar con un número ilimitado de ellos" asegura Sánchez-Ariño mientras ojea un álbum repleto de fotografías en blanco y negro. "En la antigua Guinea Española sólo hacía falta un permiso del gobernador general para cazar un número ilimitado de elefantes, pagando por cada uno de ellos, después de muerto, mil pesetas. Y en el Congo Belga, cuando había tantos que se les consideraba una plaga, el Gobierno me autorizó a matar cuantos quisiera a cambio del marfil: la mitad para el Gobierno y la mitad para mí".

"Hoy podemos decir que en la mayoría de los países africanos la caza está acabada. La caza entendida de manera romántica, auténtica. Muchos clientes, antes de preguntar por los elefantes que vamos a cazar, se interesan por los vinos, los sitios donde vamos a dormir, si hay piscina, si se puede cambiar el sabor de la mermelada del desayuno... Por eso tiene éxito la caza que se está poniendo de moda en África meridional, la caza en granjas, que se venden como safaris pero que en realidad son excursiones cinegéticas en las que se masacran animales que no tienen ninguna posibilidad de escapar.

Crían a los bichos en granjas y se los venden a los dueños de las fincas antes de que llegue el cazador. Los leones son un buen ejemplo. Hay empresas que cobran, por cazar uno, 25.000 dólares, garantizándolo en dos o tres días en el campo. ¿Cómo lo logran? Muy fácil: crían los leones como gatos o los compran en algún safari-park. Cuando aparece un cliente, eligen uno y lo meten en una jaula. Lo dejan una semana sin comer y sin beber. Pasean al cazador por la reserva enseñándole algunas huellas de león, que se pueden hacer con unos moldes, y le cuentan que por ahí vive un macho solitario que es muy fiero. Cuando llega el día previsto para cazar matan un burro, lo arrastran 300 metros para que deje un buen rastro y abren la puerta de la jaula del león a pocos metros para que, muerto de hambre y sed, se lance a por el cadáver del pollino. Avisan por radio de que un león ha matado a un animal en tal sitio y la expedición se pone en marcha. Poco después, el temerario cazador, arriesgando su vida, fusila al inocente león. Llegan las enhorabuenas, las sonrisas, las fotografías...”.

Con los elefantes pasa algo parecido. Al viejo profesional no le gusta hablar del tema, pero finalmente reconoce que buena parte de la caza de estos colosales animales es una farsa. “Hay empresas de Sudáfrica que se anuncian en España: por 55.000 euros garantizan al 100% un elefante con un mínimo de 60 libras por colmillo y en sólo cuatro o cinco días de caza. ¿Cómo puede garantizar nadie un elefante, y menos aún con un peso determinado en los colmillos? Muy sencillo: comprándolos en las subastas de algunos parques nacionales en los que sobran elefantes. Les duermen, les pesan y miden, los transportan hasta sus fincas y los sueltan en zonas valladas y electrificadas de donde no pueden escapar. Una estafa. Es como cazar en un zoológico. Pero lo más triste es que los cazadores que pagan esas cantidades saben que los están engañando, saben que en África ya no hay grandes elefantes para cazar”.

Los llamaban “white hunters” (cazadores blancos) y formaban una peculiar tribu a medio camino entre los exploradores victorianos y los rastreadores nativos. La leyenda los dibuja con la mirada torva, el salacot calado, un rifle en una mano, un vaso de whisky en la otra y el codo apoyado perezosamente en la rugosa piel de un gigantesco elefante muerto. Eran cazadores profesionales, generalmente europeos, pero estaban perfectamente capacitados para respetar la máxima “masai” según la cual un hombre sólo necesita para sobrevivir “agua y voluntad”. Para algunos eran héroes que se jugaban la vida en cada lance cinegético; para otros, inadaptados sedientos de sangre.

Tony Sánchez-Ariño forma parte de este selecto grupo de cazadores. Una complicidad que hace que su último libro, “Cazadores de elefantes. Hombres de leyenda” (Editorial Nyala), sea uno de los textos más importantes jamás escritos sobre la caza, la naturaleza y la aventura en África. Crónica apasionada de una época, de un animal formidable y de unos hombres irrepetibles, dedica los capítulos iniciales a la historia del comercio del marfil, desde los primeros cargamentos que bajaron por el Nilo 1.400 años antes de Cristo hasta el descubrimiento de los cazaderos más nutridos, en el enclave de Lado y en el Alto M´bomú.

La segunda parte de esta obra es un recorrido fascinante por la vida de los principales cazadores de elefantes del último siglo. Algunas de estas biografías son trágicas, como la del decapitado Billy Pickering, otras discurren en paralelo a la historia, como la del comandante Pretorius, descendiente del líder de los boers sudafricanos. Todas resultan tan apasionantes como una buena novela de aventuras. Las correrías del irlandés John Howard Taylor, apodado por su valor “Pondoro” (león en una lengua nativa), son un buen ejemplo de ello: presumió de haber matado 300 elefantes dentro de la ley y unos 1.200 de manera furtiva, e inventó un revolucionario sistema de sutura de urgencia. La historia comenzó cuando el cazador blanco y Joro, su porta-rifles, fueron atacados por un leopardo que hirió al primero en el pecho y en un muslo antes de ser abatido de un disparo. No había ningún centro médico en cientos de kilómetros a la redonda y las heridas, como es habitual cuando son obra de las ponzoñosas garras de grandes gatos, se infectaron rápido.

El tratamiento de urgencia no pudo ser más imaginativo: para evitar que las heridas abiertas se gangrenasen, el nativo orinó sobre las mismas, aplicando de inmediato una cataplasma de raíces machacadas. Finalmente obligó por la fuerza a unas hormigas blancas a que abrieran sus mandíbulas y las cerraran sobre las heridas de "Pondoro", consiguiendo uno de los zurcidos más extravagantes en la historia de la medicina de campaña.

Peor fortuna tuvo James Sutherland, un escocés al que Sánchez-Ariño llama "maestro de cazadores". Fue envenenado durante una conjura contra los europeos en una región perdida entre el Congo y Sudán. Le dieron un té con "banga", un potingue local capaz de matar en seis horas. Sutherland sintió los primeros efectos y tuvo los suficientes reflejos como para vomitar el tóxico. Esquivó la muerte, pero no pudo evitar las secuelas, que interrumpieron su carrera cinegética. Paralizada su pierna izquierda y ciego del ojo derecho, continuó cazando elefantes después de aprender a disparar utilizando el hombro y el ojo izquierdos.

Cazadores de elefantes y hombres de leyenda. Protagonistas de un mundo tan amenazado como los mismos elefantes. "Los hechos que presencié no volverán a suceder jamás", escribe el legendario John A. Hunter, responsable de la muerte de 1.400 elefantes, más de 1.000 rinocerontes y unos 600 leones. "La vieja África pertenece al pasado, y yo vi cómo desaparecía", sentencia.